

El dilema de Murcia

Lo que me parece impropio, inaudito y moralmente reprobable es que personas incapaces dirijan nuestras instituciones

MIGUEL A. LÓPEZ-MORELL

PROFESOR DE HISTORIA ECONÓMICA DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



El economista Luis Garicano nos ha regalado un librito titulado 'El dilema de España', que les recomiendo encarecidamente. Garicano pone el dedo, y hasta la mano, en la llaga del corazón del país, señalando muchos pecados nacionales que ya toca atacar a fondo. Él cree que podemos conseguirlo. Y pone un punto de referencia muy claro: nuestro espejo no debe ser ni Francia ni Italia, como siempre, ni siquiera la desigual Norteamérica, sino Holanda o Dinamarca. Países aparentemente anodinos, pero que destacan por su solvencia, sus instituciones y lo lejos que les ha quedado esta crisis.

Hablando de instituciones, Garicano habla de los males que han traído los excesos de los últimos años por culpa de la mala gestión de lo público. Años de borrachera en el gasto, donde algunos empresarios sin escrúpulos han conseguido mucho por su cercanía al poder. El «capitalismo del palco de Bernabéu», como lo llama, ha destrozado el país a base de corruptelas y nos ha endeudado hasta las cejas.

El problema estriba en que, mientras que cualquier país que se precie selecciona a sus políticos con un mínimo de criterio, pone coto a sus mandatos y castiga sin piedad a los políticos aprovechados, España ha demostrado cierta incapacidad para seleccionar su clase política como es debido. Y lo peor es que hemos generado una desafección preocupante del público, que de un plumazo denosta todas las instituciones de las que nos sentíamos orgullosos tras nuestra transición y nos pone a los pies del populismo, cuando no de la anarquía.

Aquí nos hemos apresurado a legislar sobre el déficit, recortar presupuestos y restringir derechos de los trabajadores y pacientes y azuzar a los empresarios a ser competitivos. Pero los legisladores no se han aplicado el cuento. Se nos siguen colando en la alta política señores que engañan en su currículo, que siguen sin terciar dos palabras en una lengua distinta a la de su madre y que difícilmente triunfarían en la vida civil o en las empresas. Su único mérito, en demasiados casos: medrar años en las bodegas de los partidos, agazapados a la sombra del líder, hasta que llega su oportunidad.

Garicano se pregunta por qué la política no puede ser una opción realista para profesionales o empresarios brillantes. Yo se lo diré: porque los partidos político no son nada permeables y los procesos de selección de los partidos tradicionales son

un desastre ¿Qué brillante empresario o profesional, con capacidad de servicio, se puede plantear ante este panorama meterse en política, perdiendo no poco dinero, para meterse en ese opaco sistema de selección, sin la menor garantía de que lo van promocionar por su valía? ¿Qué imagen pueden tener de los políticos cuando ve ese panorama de jóvenes mal seleccionados junto a viejísimos del lugar que no hay quien los eche, por lo que saben y/o lo que se les debe?

Ahora que cambiamos de Gobierno regional y se mira la alineación, uno se da cuenta de que volvemos a lo mismo y se pregunta qué lecciones ha sacado la sociedad murciana de lo que ha pasado en los últimos decenios. ¿Cómo va a ser posible, si el presidente saliente deja (aparentemente) el cargo tras ser incapaz de imponer una limitación a los mandatos y su sucesor tiene que venir de una cámara a la que los murcianos dan la misma utilidad que el Senado?

En la denostada universidad pública ha habido curiosamente una medida reciente que, sin embargo, da ejemplo: ningún electo puede sumar más de dos mandatos; de ahí que el profesor Cobacho se ha tenido que retirar tras ocho años y el matemático Orihuela ha llegado por sorpresa al Rectorado. ¡Con un discurso sobre la despolitización de la universidad! Un mensaje que ha calado entre muchos, que piensan que precisamente para negociar con fuerza ante los políticos lo que se necesita es estar alejado de ellos... Esperemos que lo demuestre.

La vocación política debe tener mucho de servicio público, además de sana ambición e inquietud personal; y, aunque lo hayan convertido en un concepto desfasado, también de patriotismo. No se puede hacer de la política una profesión en sí misma. A la política se debe llegar tras demostrar una mínima valía en la sociedad civil. Permítanme que; por un instante, desee que la gestión de mi país y mi región descansen en buenas manos.

En suma, lo que me parece impropio, inaudito y moralmente reprobable es que personas incapaces, que no han demostrado previamente nada en la vida, estén dirigiendo nuestras instituciones. Señores y señoras cuyo mayor objetivo es eternizarse en la poltrona y ganar elección tras elección a cualquier precio. Y que en el mayor de los casos no exponen más curriculum que muchas pagadas de carteles y años aguantando el tirón hasta ese dañino '¿Qué hay de lo mío?'